

Nelson González Ortega, *Relatos mágicos en cuestión. La cuestión de la palabra indígena, la escritura imperial y las narrativas totalizadoras y disidentes de Hispanoamérica*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2006.

El Excelente libro de Nelson González Ortega, publicado por la prestigiosa editorial Iberoamericana Vervuert, con dos centros de producción en Europa (Madrid y Frankfurt), constituye una aportación tan original como necesaria a la crítica literaria hispanoamericana actual. Su autor —profesor de Literaturas Hispánicas en la Universidad de Oslo, Noruega— la resume así: se trata, nada menos, que de la ampliación y relativización del canon de la literatura hispanoamericana. Camino abierto por tres libros fundamentales. Los primeros, de Miguel León Portilla (*Visión de los vencidos*, 1959 y *El reverso de la conquista*, 1964), y el tercero, de Martin Lienhard: *La voz y su huella*, premiado por Casa de las Américas en 1989. León Portilla fue el primero en reconocer en los testimonios indígenas mayas, aztecas e incas ante la conquista una fuertísima impronta poética. Lienhard sigue sus pasos, al estudiar la oralidad andina no sólo en Guamán Poma, Titu Cusi Yupanqui y el *Ollantay*, sino en Arguedas y en la poesía quechua contemporánea. En esta tradición se inserta Nelson González Ortega, rescatando, como piedras angulares de las futuras letras hispanoamericanas, los relatos orales del pueblo andino de Huarochirí recogidos por el extirpador de idolatrías Francisco de Ávila hacia 1598, y publicados en 1966 por Arguedas como *Dioses y hombres del Huarochirí*, así como el arte de contar de los mayas en el *Popol Vuh* y el *Chilam Balam* de Chumayel. Pero no se trata de mirar hacia el pasado con nostalgia: estas voces autóctonas y disidentes se enfrentan a la formulación de un discurso imperial, que se inicia con el diario de navegación de Colón. Sin negarla, González Ortega matiza la sugestiva propuesta de José Juan Arrom en su ensayo “La otra hazaña de Colón”, de que con los escritos del Almirante se inicia la literatura latinoamericana, al proponer otras fuentes más antiguas, aquellas de la oralidad indígena.

Centrado en el género narrativo, su libro ausculta los conflictos interculturales entre europeos y amerindios desde el momento colonial hasta hoy, a la luz de conceptos como transculturación, hibridez, heterogeneidad cultural (Ángel Rama, Mijail Bajtin, Cornejo Polar), modos de transtextualidad y transliteración (Genette), hegemonía y subalternidad (Gramsci), formaciones y localizaciones estratégicas (Edward Said), zonas de contacto (Mary Louise Pratt) y escritura de resistencia y testimonio (Beverly/Zimmerman, Yúdice). Partiendo de la abolición de fronteras entre las disciplinas de la historia, la etnología, la sociología y la literatura, González Ortega analiza textos de procedencias diversas, nivelándolos a todos bajo la categoría de relato, ya que por ser enunciados por narradores, exhiben estrategias discursivas susceptibles al análisis literario.

Relatos mágicos en cuestión ofrece una visión panorámica de la narrativa hispanoamericana a partir de cuatro momentos emblemáticos: la memoria oral indígena pre y post hispánica, los albores del discurso imperial español en el diario de Colón, y las repercusiones de ambos en las narrativas totalizantes de la nueva novela del *boom* y el testimonio postcolonial. Examina la deconstrucción y parodia del discurso colombino en *El otoño del patriarca* de García Márquez, *El arpa y la sombra* de Carpentier y *Vigilia del Almirante* de Roa Bastos; así como las huellas de la oralidad andina en *El zorro de arriba y el zorro de abajo* de Arguedas, y las de la oralidad maya en *Hombres de maíz* de Miguel Ángel Asturias, *Balún Canán* de Rosario Castellanos y en los comunicados insurgentes del Subcomandante Marcos.

El libro resulta apasionante: la erudición tanto teórica como crítica no pesa, gracias a la elegancia de una prosa meridianamente clara y al hecho de que González Ortega ha sabido mantener a los textos que estudia como los protagonistas indiscutibles de su ensayo. Y resulta original no sólo por su apertura del canon, sino por la sabia combinación de posmodernidad con modernidad. Si bien para la primera lo más urgente, en términos formales, es la abolición de fronteras, para la segunda la dimensión ética que subyace toda obra construida con palabras merece atención. Y es que en el fondo, se trata de textos con un fuerte ingrediente político; en unos casos de demonización del Otro colonial, y en muchos, de resistencia de los marginados del poder.

Para esta lectora, apasionada de la tradición indígena y las letras coloniales, resultaron de particular interés tres de los diversos temas que aborda el libro: el nahualismo, el manuscrito de Huarochirí y los comunicados del Subcomandante Marcos. Proveniente de la raíz mesoamericana *naua*, el nahualismo de los indios mayas y aztecas de ayer y de hoy significa la capacidad de hacer bien o mal al prójimo mediante la transformación o la autotransformación de personas en animales o viceversa. En el *Popol Vuh* lo encontramos en el castigo que le propinan los héroes Hunahpú e Ixbalanqué a dos enemigos, al transformarlos en monos. Pues bien, González Ortega propone que el nahualismo es una de las fuentes del realismo mágico de Asturias (las otras son occidentales: Freud, Jung, el surrealismo). En *Hombres de maíz*, el novelista guatemalteco narra, con la impasibilidad de la retórica de lo real maravilloso, la transformación de dos protagonistas de episodios centrales de la obra: el curandero se trueca en venado y Nicho Aquino en coyote. Asturias mismo reconoce las fuentes autóctonas de la corriente que inaugura en nuestras letras junto a otros escritores canónicos, como Carpentier, al afirmar: “El realismo mágico, por supuesto, tiene una relación directa con la mentalidad original de los indígenas: el indio piensa en imágenes, él ve las cosas no tanto como eventos en sí, sino que los traduce a otra dimensión en donde la realidad desaparece y los sueños aparecen; en donde los sueños se convierten en formas visibles y tangibles”.

En lo que concierne al manuscrito de Huarochirí, me impactó la atención rigurosa y pormenorizada que le da González Ortega a los modos de composi-

ción y transmisión del texto, con el resultado inevitable de una marcada ambigüedad. Veamos. Se trata de un texto oral que contiene la memoria cultural de los indios de Huarochirí: relatos de origen, ritos religiosos, ceremonias agrarias, fiestas laborales, mitos politeístas... Su emisor original es colectivo: los señores principales que custodiaron en su memoria el largo texto mediante recursos mnemotécnicos, pasándolos cual antorcha de luz de generación en generación. El destinatario original también es colectivo: el pueblo andino de Huarochirí. Pero con la conquista el texto tuvo que reformularse. El emisor siguió siendo colectivo, pero ahora se trata de informantes indígenas escogidos por sacerdotes españoles para que les cuenten su antigua tradición. Tradición copiada a mano por un transcriptor individual anónimo, que se constituye en un segundo emisor. El destinatario individual del texto es el padre Ávila, que evaluó el manuscrito y lo censuró. Ávila se convierte en un tercer emisor del texto, al traducir los primeros seis capítulos como un breve “tratado de idolatría”. Entonces cambia el destinatario, que, aunque sigue siendo colectivo, ya no es el pueblo andino de Huarochirí, sino los funcionarios eclesiásticos y estatales que emplearon el manuscrito como evidencia en eventos públicos ejemplarizantes y punitivos, organizados por Ávila en la catedral de Lima en 1610. Pero siempre queda la posibilidad del destinatario individual, hoy cumplida por investigadores como Frank Salomon y el autor del libro que nos ocupa, que estudian el texto para reinterpretarlo para los lectores contemporáneos y futuros.

Por último, me interesó sobremanera el caso de los comunicados insurgentes del Subcomandante Marcos, el intelectual guerrillero que advino a la fama mundial a partir de la toma militar de ciudades y poblados de Chiapas por su ejército Zapatista el primero de enero de 1994. En su famoso comunicado “Hoy decimos basta”, la enumeración de las injusticias sufridas por los indios, mestizos y criollos de México durante más de quinientos años rememora el género colonial del “memorial de agravios” al rey, cuya huella es tan evidente en la *Nueva coronica i buen gobierno* de Guamán Poma. En otro de sus comunicados, la sabiduría ancestral maya de códices como el *Popol Vuh* sufre una resemantización que alude al traspaso oral, generación a generación, del acervo cultural indígena, gracias al estribillo y *dicen que dicen que decían*. Y en su micro-relato titulado “Sueña Antonio”, Marcos anuncia su utopía política, el nacimiento del hombre nuevo maya, resignificando la antigua profecía del *Popol Vuh*: “ha llegado el tiempo de amanecer, de que se termine la obra y que aparezcan los que nos han de sustentar y nutrir, los hijos esclarecidos, los vasallos civilizados; que aparezca el hombre, la humanidad sobre la superficie de la tierra”. González Ortega subraya la cualidad poética que le otorga tanta fuerza a los comunicados de Marcos, al citar uno francamente inolvidable:

No morirá la flor de la palabra. Podrá morir el rostro oculto de quien la nombra hoy, pero la palabra que vino desde el fondo de la historia y de la tierra ya no podrá ser arrancada por la soberbia del Poder. Nosotros nacimos en la noche. En ella vivimos, moriremos en ella. Pero la luz será

mañana para los demás, para todos aquellos que hoy lloran la noche, para quienes se niega el día, para quienes es regalo la muerte, para quienes está prohibida la vida. Para todos la luz. Para todos todo.

Quisiera terminar empleando la primera frase de este poema en prosa para sintetizar la propuesta del magnífico libro de Nelson González Ortega: *No morirá la flor de la palabra*.

Mercedes López-Baralt
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras